

DE BUENAS LETRAS

# Tintín, y Byron, en el Tíbet

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Cuando Georges Rema (Herré) decidió escribir 'Tintín en el Tíbet', a finales de los años 50, pasaba por una situación personal complicada y tuvo la necesidad, según sus biógrafos, de hacer una historia blanca y pura, de amistad y lealtad, en el auténtico espíritu del 'boy-scout', tomando como base un accidente aéreo de 'Indian Airways'. En la historia de Hergé, Tintín decide ir a Nepal, y luego al Tíbet, para buscar a su amigo Chang, desaparecido en un accidente en las montañas. La marcha por Nepal con 'sherpa' y porteadores resulta ilustrativa de las expediciones de salvamento, pero lo más llamativo es la presentación del budismo lamaista, la vida en un monasterio de lamas, y la aparición del Yeti; todo con final feliz.

Treinta años antes otra expedición similar había tenido lugar: 'El viaje al Tíbet' de Robert Byron comenzó en abril de 1929, y lo podemos encontrar en una cuidada edición y traducción de Miguel Ángel Martínez-Cabeza (Abada, 2013). Robert Byron, el autor del fa-

moso 'Viaje a Oxiana' de 1937, aparece como un joven aventurero inglés de exquisita educación y completa formación académica. El viaje de Byron no es tan cómodo como el de Tintín, que vuela de Europa a Nueva Delhi y de allí a Katmadú con escala en Patna. Byron hizo un largo viaje desde Londres a París, de allí a Génova y pasando a la isla de Capri, para dirigirse posteriormente a Corfú. Ya en territorio Griego voló hasta Atenas y desde allí a Creta, para pasar a Tobruk, Libia. Las escalas de vuelos están llenas de cenas con curiosos viajeros y arriesgadas maniobras de despegue y aterrizaje. Luego voló a Alejandría y de allí a Gaza, en Palestina, y luego a Basora, en Irak, y por fin a la India: Lingeh, Jask, Gwadar y, por último Calcuta. Este recorrido es de especial interés geopolítico en la época, pues la Gran Guerra había concluido once años antes y el nuevo mapa diseñado por británicos y franceses dominaba el territorio que antes había sido del ya fenecido imperio otomano. La estancia en la India revela la potencia colo-

nial británica; Robert Byron tiene que seguir una serie de vericuetos administrativos para hacer su ansiada expedición al Tíbet, teniendo en cuenta que le sería imposible llegar a la capital, Lhasa, vedada a los extranjeros. Con sus amigos Gavin Henderson y Michael Parsons emprende el viaje al Tíbet desde Siliguri a Darjeeling en tren, donde conoce a un excéntrico americano convertido a la teosofía y que llegó a redactar un discurso para el Dalai Lama. Luego comenzará la expedición propiamente dicha en ponis, y debidamente adoctrinados y advertidos de la presencia de mastines a la entrada de los pueblos y de la furia de los monjes, que podrían apuñalarlos si les pisaban las cuerdas de las banderas de oración.

Robert Byron describe la zona del anglo-Himalaya como los Alpes, iluminada por un azul Prusia; lo que desaparece al penetrar en el Tíbet. El viaje está repleto de divertidas narraciones de recibimientos por las autoridades locales, y descripciones de suntuosos desayunos, almuerzos, meriendas y cenas con mezcla de menú local y las vituallas que portaban: remolacha en bote, güisqui, harina, azúcar, lengua de ternera, judías verdes, cerezas, salchichas, sardinas y muchos otros alimentos que, en aquellas alturas, parecerían auténticos manjares. Hasta hubo partidos de críquet por parte de las tropas de nativos mandados por oficiales británicos. En resumen, se trata de un libro muy representativo de una época y de una clase de viajeros muy especial.